





EL PERFECCIONISTA
DE CUERPOS



Silvia Argüelles

EL PERFECCIONISTA
DE CUERPOS



Primera edición: junio 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Silvia Argüelles

ISBN: 978-84-18250-16-3

ISBN digital: 978-84-18250-17-0

Depósito legal: M-9270-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para ti, Papá. Porque tú fuiste todo
lo que necesité para ser quien soy.
Tú fuiste luchador y valiente
donde yo no supe serlo.
Tus fuerzas dieron vida a mi vida
y a mis libros.
Y ahora que ya te has ido,
¿quién soy en realidad?
Soy lo mejor del mundo.
Tu hija.*



CAPÍTULO 1

Ahí estaba. Era tan hermosa. Tan frágil.

Las manos le temblaban. ¿Qué encontraría bajo la ropa de su diosa?

Agitó las manos para parar el temblor de sus dedos y se limpió el sudor de las palmas sobre sus vaqueros.

Comenzó abriendo la blusa de la mujer despacio, con delicadeza. El sujetador celeste de encaje ya asomaba por la abertura de los botones.

Cerró los ojos mientras seguía con su trabajo. Sentía la garganta seca y el sonido de su propio corazón, martilleándole en los oídos, no le ayudaba a concentrarse en la tarea.

Cuando no hubo más botones que desabrochar, descubrió el torso de la mujer con dulzura. Acarició el estómago, dejando una huella de sudor en la piel. Era perfecta. Delicada.

Colocó las manos tras la espalda de la mujer, desabrochando el sujetador con manos expertas. Sus pechos eran pequeños, de un tamaño perfecto, amoldándose al tamaño de sus manos magistralmente. Estaba hecha para él.

¿Sería verdad que por fin la había encontrado?

Aún tenía que estudiar el resto del cuerpo, pero presentía que podía ser ella. Su futura esposa y madre de sus hijos.

Se centró en las piernas. Primero, desabrochó la cremallera de la falda, sacándola por los pies. Después, fue bajando las tupidas medias negras mientras sus ojos miraban ansiosos cada centímetro de piel que quedaba al descubierto.

En el empeine del pie derecho llevaba un tatuaje de una rosa roja. Un detalle sin importancia. Por lo demás, era lo más hermoso que había visto. Quitándola a *ella*, su verdadera diosa. La mujer que jamás se fijaría en él. Pero si todo salía bien, la mujer que estaba tumbada en su cama le haría olvidarla.

Le bajó las braguitas, a juego con el sujetador. El pubis estaba demasiado rasurado para su gusto; pero eso también tenía arreglo. Ella haría todo lo que él dijera. Le amaría y cuidaría de él y de sus hijos, como una familia feliz y normal. Sobre todo, normal.

Dio la vuelta al cuerpo, dejando que los brazos inertes de la mujer cayeran por el borde de la cama.

Todo lo que podía haber sido se desvaneció como el humo. Cuatro lunares negros, a la altura del omóplato izquierdo, brillaban como si estuvieran vivos. Como si se rieran de él. Se mordió el puño con lágrimas en los ojos.

Salió de la habitación cerrando la puerta con un golpe seco.

No quería verla. Le daba asco. Intentó contener la arcada que se agolpaba en su garganta.

Decidido a no mirar aquellas manchas diabólicas, volvió a cubrir el cuerpo de la mujer con la misma ropa. Incluso peinó el corto cabello rubio de la mujer, antes de elevar su espalda y colocarse tras ella, dejando reposar su cabeza sobre los muslos de él, mientras cubría su rostro con un plástico fino y transparente, viendo cómo se llenaba de vaho. Viendo cómo las extremidades de la mujer convulsionaban hasta que paró el temblor.

CAPÍTULO 2

Iba a por ella. Estaba segura de que esta vez la mataría.

Gateaba por el suelo intentando llegar hasta su arma, la cual se encontraba bajo su almohada.

La agarró de los tobillos arrastrándola por el suelo mientras ella dejaba arañazos en el frío suelo de madera.

No era la primera vez que la golpeaba, pero podía ser la última. La mataría si no le mataba ella primero.

Lo miró por encima del hombro y, aprovechando su posición, logró liberar uno de sus tobillos de las fuertes manos del hombre, golpeándole con fuerza en la nariz.

Él trastabilló echándose una mano hacia la cara. La sangre empapaba el cuello de su camisa y la palma de su mano, la cual lamió, saboreándola con una sonrisa en los labios.

Sabía que no llegaría, pero tenía que intentarlo. Lo único que le quedaba era que algún vecino oyera los golpes y llamase a la policía. Gritó tanto como pudo, pidiendo socorro. Gateaba a gran velocidad. Su arma estaba cerca. Cada vez más cerca. Podía conseguirlo. Solo una brazada más. Pero algo con una fuerza sobrehumana impactó en sus costillas, dejándola sin respiración. Cada bocanada de aire parecía ser la última.

Él se arrodilló en el suelo, justo al lado de su cabeza, tirando de su cabello, para poder besar sus labios con furia, dejando que la sangre de su nariz tiñese la pálida piel de ella de un color escarlata intenso.

Conocía el significado de la palabra terror. Conocía su sensación. Conocía esa manera que el miedo tenía de invadirla por den-

tro, paralizándola por completo, obligando a sus músculos y a su cerebro a no obedecer ninguna orden más.

El golpe final estaba cerca. Presentía su cercanía. Se cubrió el rostro con un brazo. Un simple acto reflejo. Pero oyó unas pisadas alejarse.

Miró a su alrededor, segura de que estaba en alguna parte. Segura de que un juego macabro y doloroso se cernía sobre ella. Pero no podía perder tiempo. Estiró el brazo tanto como le fue posible y, agarrando su arma por el arco guardamonte, la desenterró de debajo de su almohada.

Cuando él volvió, llevaba una cerveza entre las manos. Al ver que el cañón de una pistola apuntaba hacia su pecho, se rio con fuerza, acercándose a ella con pequeños y cortos pasos.

«Piensa que no lo voy a hacer. Que no dispararé».

Seis balas. Era una buena tiradora y el blanco estaba cerca.

La primera bala le traspasó el pecho. La cerveza cayó al suelo mezclándose el alcohol con su sangre. Él siguió caminando hacia ella. La segunda bala impactó en el estómago, haciendo que la sangre se esparciera por toda su blanca camisa, pero él seguía avanzando. La tercera y la cuarta bala se incrustaron en los hombros, arrancándole un grito de dolor. La quinta bala dio de pleno en la rodilla, dejando en el aire el sonido del metal contra un hueso.

Arrastrándose como una serpiente, como la serpiente que era, vio cómo la sexta bala iba a cámara lenta. La vio volar y girar sobre su propio eje por el aire, directa a su cráneo.

Él ya no pudo ver nada más, pero ella vio cómo se abría un agujero sanguinolento en la frente ancha y sudorosa del hombre.

Bajó el arma, silbando entre dientes mientras se agarraba lo que parecían ser dos o tres costillas rotas.

El temblor de sus manos había cesado, pero el de sus labios y el de sus rodillas aún perduraban.

Sentada en el suelo, abrazándose las rodillas, lloró.

Y así fue como la oveja mató al lobo.

El sonido del móvil la despertó. Era el inspector Brandan, un hombre de pocas palabras, serio, observador y curioso, pero era la única persona en la que Ginebra confiaba de verdad.

—Buenos días, Brandan.

—Buenos días, Ginebra —su voz sonó demasiado apagada y eso preocupó en exceso a Ginebra.

—¿Qué ocurre, Brandan?

—Creo que debería venir. Ha pasado algo. Calle del Olimpo, 48 —colgó.

Si tenían un caso entre manos, podía entender esa reacción de cualquier otra persona de la comisaría, pero no de Brandan.

El sudor caía por su frente y por su escote, haciéndola tiritar de frío. Las pesadillas cada vez se repetían con más constancia. Eran más reales. Más aterradoras.

Dejó correr el agua de la bañera para que se calentara mientras ella se quitaba la ropa mojada de sudor.

Se observó en el espejo. Había adelgazado un par de kilos en las últimas semanas y las moradas ojeras se distinguían a kilómetros. Se acarició el corto pelo de la nuca, peinándose al mismo tiempo el flequillo que caía sobre su ojo derecho. En un arrebato de cambio de *look*, había decidido cortar su larga melena rubia por lo sano. Desde hacía seis meses, todo en su vida constaba de cambios, como si quisiera deshacerse de la persona que había sido tiempo atrás.

Cada día se sentía débil, confusa, aterrorizada, pequeña, hasta que se colocaba su arma reglamentaria USP Compact de nueve milímetros en la canana de su cadera, con balas de repuesto. Respiraba profundamente, hinchando el pecho, sintiendo el peso del cañón. Así se sentía una mujer fuerte, capaz de todo.

Antes de salir de la casa, se fijó, como cada día, en la mancha roja del suelo. La mancha que siempre le recordaría que él murió ahí. Que ella le mató.

Llegó a la calle Olimpo, 48.

Colocándose los guantes de látex, fue acercándose a la puerta de la casa que Brandan le había indicado en su corta conversación telefónica.

Podía distinguir un cuerpo en el suelo y una mujer arrodillada, examinándolo.

Alma Serrat era la forense encargada de hablar con los muertos, como ella decía. Era morena, de pelo largo y muy liso, con ojos grandes y marrones, que contrastaban con su blanquísima piel.

—No parece haber descansado muy bien esta noche.

—Hola, Alma. ¿Qué tenemos? —no quiso responder a la indirecta pregunta de su amiga.

—Se llamaba Luz Abades. A simple vista no hay marcas de ningún tipo. Por su expresión facial parece haber muerto por asfixia, pero no estaré del todo segura hasta que no le haga la autopsia. Yo diría que lleva unas seis u ocho horas muerta, ya que ha empezado a aparecer el *rigor mortis*, pero no se encuentra en estado total —por fin miró a Ginebra—. ¿No encuentras nada raro en la mujer?

Ginebra miró el cuerpo de la mujer minuciosamente y no encontró nada hasta que su mirada se centró en el rostro.

Sintió un frío por toda la columna parecido al terror que había sentido en su pesadilla. Y podía jurar que su temperatura corporal había descendido unos cuantos grados bastante significantes. Ahora entendía la reacción de Brandan.

—Ginebra, se parece a ti.

En ese momento, Brandan salió de la casa con una pequeña libreta en la mano. Se paró en seco al ver el pálido rostro de Ginebra. Más pálido que de costumbre.

—¿Se encuentra bien?

—Supongo que sí— se masajeó la sien—. ¿Qué sabemos de Luz Abades?

—Tenía treinta y seis años. Trabajaba de azafata de vuelo. Supuestamente, ayer tenía un vuelo a Londres y no llegaba hasta hoy

a media tarde. La encontró el marido esta mañana en la puerta de la casa cuando se disponía a salir a trabajar.

—¿Cómo se llama el marido?

—Arturo Peña —contestó, pasando unas hojas de la libretita.

—¿Habéis hablado con él?

—La esperaba a usted.

—Muy bien.

Cuando iba a entrar en la casa, Brandan la paró agarrándola de un hombro.

—Hay algo más —Ginebra, con las manos apoyadas en las caderas, levantó las cejas, invitándole a que siguiera hablando—. Hemos encontrado esta nota en la mano de la víctima.

Brandan le había entregado la nota, ya clasificada como prueba, dentro de una bolsa plástica.

Ginebra la leyó mentalmente con los ojos entornados, intentando encontrar un significado a aquella palabra.

«¿Sucia?».

—¿Qué significa? —miró a Brandan, quien se encogió de hombros y, seguidamente a Alma, que hizo el mismo gesto. Ginebra respiró profundamente, soltando el aire por la boca, poco a poco—. ¿Dónde está la subinspectora Tafne?

—La hemos llamado, pero no contesta al teléfono.

—Está bien —suspiró—. ¿Habéis llamado a la científica? —Brandan afirmó con la cabeza—. Bien. Haz fotos de la escena del crimen. Yo hablaré con el marido.

No era necesario, pero Ginebra se puso unos patucos de tela en los pies para no dejar huellas que entorpecieran las pruebas.

Del bolsillo interior de la americana sacó una grabadora. Eso de apuntar las declaraciones de los testigos a mano, como hacía Brandan, le parecía anticuado, cansado y no hacía más que retrasar y alargar la agonía de los seres queridos.

Se acercó al salón, donde encontró al marido de Luz Abades sentado en un sillón o, mejor dicho, hundido en un sillón.

—Señor Peña —le tendió la mano, la cual él aceptó sin levantarse del sillón—. Soy la inspectora Ginebra Palmar. ¿Puedo sentarme? —él hizo un gesto afirmativo con la mano. Sentada frente a él, Ginebra puso la grabadora a funcionar—. Siento mucho lo que le ha pasado a su mujer, señor Peña, y entiendo el dolor que debe sentir, pero necesito hacerle algunas preguntas —esperó una respuesta que no llegó, así que siguió hablando—. ¿Fue usted quien encontró a su esposa? —él afirmó con la cabeza de nuevo—. Señor Peña, necesito que quede constancia de sus respuestas. ¿Podría hablarle a la grabadora?

—Sí —contestó con voz ronca, acercándose al aparato.

—¿Podría contarme cómo fue?

—Me disponía a salir hacia el trabajo y la encontré tirada en la calle, justo enfrente de la puerta de nuestra casa. No hay mucho más que contar.

—¿La movió o la tocó?

Arturo Peña volvió a afirmar con la cabeza, pero recordando lo que la inspectora le había dicho, repitió su anterior movimiento acercándose a la grabadora.

—Sí —tragó saliva—. Cuando me di cuenta de que estaba muerta, me arrodillé a su lado y la abracé. Después, les llamé a ustedes.

—¿Sabe si su esposa ha tenido algún altercado con alguien en las últimas horas o en los últimos días?

—No que yo sepa.

—Me consta que su esposa era azafata de vuelo. Supuestamente, ayer tenía un vuelo a Londres, donde iba a pasar la noche, y regresaba hoy a mitad de la tarde, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces, ¿dónde cree que puede estar su maleta o bolsa de equipaje?

—No lo sé, inspectora. Solo puedo decirle que su cepillo de dientes, sus maquillajes y su pijama no están aquí —estaba empezando a perder la paciencia y Ginebra lo sabía.

—¿Iba en coche al trabajo?

—Por regla general, sí. Pero si hacía noche fuera de casa, no. Nunca.

—Bien. Solo una pregunta más y le dejo tranquilo, señor Peña —sacó una nota de papel plastificada del bolsillo de la americana y se la tendió—. ¿Sabe qué significado puede tener esta nota?

—*Sucia* —leyó en voz alta Arturo Peña con los ojos cubiertos de lágrimas—. ¿*Sucia*, mi mujer *sucia*? —Ginebra le dejó llorar unos instantes—. No, no sé qué puede significar. ¿Dónde la han encontrado?

—La tenía su esposa en la mano, señor Peña —Ginebra se levantó, recogiendo la grabadora y tendiéndole la mano para que le devolviese la nota—. Disculpe, es una prueba —le miró, sintiendo el dolor y el peso de aquel hombre en su propio pecho—. Le acompaño en el sentimiento.

—Usted me recuerda a ella —Ginebra se tensó de pies a cabeza.

Al salir de la casa, con un nudo en la boca del estómago, Ginebra le devolvió a Brandan la nota para que la guardase con el resto de las pruebas, si es que las había.

—¿Qué sabemos de Tafne?

—Ha llamado. Dice que está enferma. Ya sabe cómo es. Posiblemente se coja la baja.

—Precisamente ahora... —dijo caminando hacia su coche—. Más trabajo para ti. Cuando acabes de fotografiar la escena del crimen, quiero que investigues en qué taxi viajó ayer nuestra víctima y si se hubiese dejado algún equipaje en él. ¿Alguien ha puesto sobre aviso al inspector Beltrán del caso que tenemos entre manos?

—Estoy aquí, inspectora —dijo una voz a su espalda, asustándola.

—¡Qué susto me ha dado, inspector! —golpeó el brazo de Beltrán con un enfado impostado—. Ya que está usted aquí, dígame a Brandan que le dé la bolsita de pruebas que tiene guardada con el móvil de Luz Abades e identifique todas las llamadas que hubiera hecho o recibido en los últimos seis meses.

—¿Por qué en los últimos seis meses?
—Porque lo digo yo.
—Eso es lo que siempre me decía mi madre.
—¡Y qué razón tenía! —gritó Ginebra por encima del hombro, metiéndose en el coche—. Les veo en comisaría. Tengo que contarle las novedades del caso al comisario Hesper.

CAPÍTULO 3

—Inspectora, sabe que confío plenamente en su criterio, pero cuando hace dos días vino a contarme el asesinato de Luz Abades se le olvidó comentar una parte importante del caso. La víctima se parecía mucho a usted —el comisario entrelazó los dedos de las manos por encima de la mesa.

—Un ligero contratiempo, señor comisario. Simple casualidad.

—¿Y por qué no me lo contó?

—No le di importancia, supongo.

—¡Me mintió! —dijo, dando un puñetazo sobre la mesa—. Inspectora Palmar, solo se lo voy a decir una vez. Como este caso la involucre de alguna manera física o sentimental, me verá obligado a apartarla de él. ¿Le ha quedado claro?

—Muy claro, señor comisario —Ginebra se resignó, pero mantuvo la barbilla levantada hacia él.

—Quiero resultados, Palmar, y los quiero ya.

—Sí señor.

—Márchese —dio la vuelta a su silla, dándole la espalda a Ginebra.

Ginebra salió del despacho de Hesper a grandes zancadas apretando los puños a su costado. Con un soplido se apartó un mechón de flequillo que le tapaba el ojo derecho.

Al ver su cara, Brandan se acercó a ella.

—Ginebra...

—Dime que tenemos algo, Brandan. El comisario me está apretando las tuercas —Brandan comenzó a negar con la cabeza,

cuando el inspector Oliver Beltrán apareció detrás de ella, sobresaltándola.

—La verdad es que sí tenemos algo, jefa.

—¡Joder, Beltrán! Deje de aparecer a mis espaldas de esa manera. Creo que se equivocó de oficio. Iba para mago —Beltrán serio—. ¿Qué tiene?

—Sobre las llamadas que me pidió que investigara, no mucha cosa. Llamadas del trabajo y de su marido. Pero sí hubo una llamada en concreto que me llamó la atención. Se hizo a una cabina.

—Algo me dice que usted sabe algo más que yo no sé. ¡Suéltelo ya!

—Jefa, es que a lo mejor me he metido en terreno pantanoso...

—¿Qué es lo que ha hecho, inspector?

—Al ver que no encontraba demasiados resultados con la búsqueda de las llamadas, decidí ayudar al inspector Brandan por mi cuenta, sin que él lo supiera —se balanceaba sobre las puntas y los talones de los pies, como un niño pequeño que hubiera hecho alguna travesura. Y tal vez fuera así, porque Brandan le miraba con resquemor. Ginebra, mientras tanto, miraba a uno y a otro con cautela, preparada por si tenía que interponerse en una pelea de hombres para ver quién podía con más carga de trabajo—. El caso es que he encontrado al taxista que llevó a nuestra víctima en su vehículo el día que fue asesinada.

Ginebra abrió la boca, sorprendida.

—¡Eso es estupendo! Hágale venir.

Oliver Beltrán carraspeó, tapándose la boca con un puño cerrado.

—Bueno, jefa, el caso es que ya lo he hecho... Y como usted estaba ocupada, discutiendo con el comisario Hesper —miró hacia el despacho—, me tomé la libertad de interrogarle yo mismo —Ginebra volvió a abrir la boca, pero esta vez indignada—. Y ya se ha marchado.

—Veo que tiene mucho tiempo libre, inspector —Beltrán miró al suelo—. Y bien, ¿qué le ha contado?

Renovado de fuerza y euforia, Beltrán seguía a Ginebra mientras se acercaban a la mesa de la inspectora, donde ella se sentó con una pierna colgando y con la otra rozando el suelo con la punta de la bota. Brandan también los seguía, mirando las espaldas de Beltrán. Mejor sería que nadie mirase la suya porque tenía un puñal clavado.

—El señor Guzmán, el taxista —aclaró—, dice no haber dejado a Luz Abades en el aeropuerto, como en un principio creímos. La dejó en el Zouk Hotel, en la calle Isaac Newton. He investigado un poco y este hotel es famoso por su elegancia y por ser uno de los hoteles más visitados por parejas, amantes, que quieren disfrutar de un ratito de maravillosa intimidad.

»También le pregunté a nuestro buen amigo, el taxista, sobre algún tipo de equipaje, o bolso de mano que pudiese llevar su pasajera, a lo que me contestó que sí, que él mismo se bajó del coche y ayudó a la mujer a meter en el maletero un *trolley* ejecutivo con ruedas, de color rojo, con un llavero de Betty Boo colgado en la cremallera. Pero que en su taxi no quedó nada.

—¿Qué sabemos de la cabina desde donde Luz Abades recibió la llamada?

—No la recibió, jefa, fue ella quien llamó. Lo único que podemos llegar a conocer es el lugar exacto donde se encuentra esa cabina.

—Muy bien, más tarde nos ocuparemos de eso. ¿Dónde podemos encontrar el *trolley*?

—Podemos preguntar en el ayuntamiento. Tal vez algún camión de basuras recuerde algo. A lo mejor nuestro asesino se deshizo de él. Es un *trolley* bastante llamativo. Si alguien lo ha visto, seguro que lo recordará.

—Beltrán, iba muy bien hasta ahora. No la cague. Tal vez se lo dejase en el hotel... Tal vez tuviera planeado volver, pero nunca lo hizo. ¿O sí? —hablaba más bien para sí misma que para su público.

—Puedo encargarme yo, si quiere. Puedo ir al hotel, a ver qué me cuentan —se ofreció Beltrán, entusiasmado con la idea.

La conversación se quedó en el aire cuando un hombre trajeado, con corbata, el pelo engominado y repeinado hacia atrás, con un maletín de Ralph Laurent, se acercó a ellos.

—¿Inspectora Palmar, Ginebra Palmar?

—Sí, soy yo. ¿Puedo ayudarle en algo? —visto de cerca, no era un hombre, era tan solo un chaval de entre veintitrés y veinticinco años, un poco bizco y la nariz torcida.

—En realidad, soy yo quien viene a ayudarla. Mi nombre es Einar Guerrero. El subinspector Einar Guerrero —recalcó la palabra subinspector—. Soy su nuevo compañero.

Ginebra ladeó la cabeza, mirando por encima del hombro del subinspector, hacia el despacho del comisario, el cual la observaba a través de las cortinas.

—Si me disculpa un momento... —Se levantó de la mesa, clavando los pies en el suelo con furia. No llamó a la puerta. Entró directamente—. ¡Y usted se atreve a llamarme mentirosa! ¿Cuándo me iba a contar que tenía un nuevo integrante en el equipo?

—Veo que ya ha conocido a Einar. Un buen muchacho, aunque tal vez un poco novato, pero espero que usted lo convierta en un hombre. En el ámbito profesional de la palabra, claro.

—¿Por qué no me lo contó?!

—Porque no tengo que ponerla al tanto de mis decisiones, inspectora. Yo le digo lo que tiene que hacer y usted lo hace. Además, la subinspectora Tafne está enferma y nosotros necesitamos sangre nueva. No creo que esto vaya a ser un problema. ¿Me equivoco?

Ginebra se tragó el grito que se apelmazaba en su garganta.

—Muy bien, pero sepa que mis sabuesos tienen un gran olfato y a lo mejor alguno de ellos clava los dientes en su querida sangre nueva, comisario.

—¿Es eso una amenaza, inspectora?

—No, señor. Es una advertencia. Es mejor prevenir que curar.

—Gracias. Tendré el botiquín de primeros auxilios a mano, por si acaso —Ginebra resopló—. ¡Y por el amor de Dios! Dele algo de trabajo cuanto antes, antes de que se mee en los pantalones de los nervios.

Ginebra se acercó a su equipo y miró a los tres hombres, sin saber qué hacer con ellos.

—Muy bien. Einar y Beltrán, me acompañarán al hotel Zouk —el teléfono de la mesa de Ginebra comenzó a sonar. Miró al despacho del comisario por si fuera él. Pero Hesper estaba absorto en una pila de papeles—. Inspectora Palmar —dijo más alto de lo que pretendía.

—Ginebra, soy Alma. ¿Quieres que te envíe el informe forense o prefieres venir?

—Voy para allá —colgó—. Cambio de planes. Einar, Beltrán, ustedes irán al hotel Zouk. Confío que lleven un examen exhaustivo. Brandan, tú vienes conmigo.

—Jefa, ¿puedo hacerle una pregunta? —Ginebra afirmó con la cabeza—. ¿Por qué a mí me sigue tratando de usted después de seis años y a Brandan le tutea, cuando solo le conoce de hace dos años? —Brandan sonrió con superioridad.

—Veo que es una pregunta muy importante para usted, Beltrán, pero yo no la veo tan importante como para contestarla. Manténgame informada —les echó con un movimiento de la mano.

—Me parece increíble —comentó Brandan una vez se hubieron ido los dos hombres.

—Sí. Es muy bueno en su trabajo —contestó Ginebra cogiendo su chaqueta.

—No me refiero a eso. ¡Se ha metido en mi investigación!

—Tú no habías encontrado nada —Tragó saliva al ver cómo la miraba, e intentó subsanar el error—. Aún...

—Los compañeros no se hacen eso.

—Estás perdiendo facultades, Brandan —se rio, dándole un golpe en el hombro con confianza—. Oye, y ¿por qué tú nunca me tuteas? La verdad es que hoy Beltrán está iluminado. Es una buena pregunta.

—Hay que ser educado con las personas mayores —le devolvió la broma.



CAPÍTULO 4

El edificio de ladrillo rojo donde se encontraba la sala de autopsias le había revuelto el estómago a Brandan.

En el *hall* los recibió el ayudante de Alma. El desgarrado y cansado Ernesto, quien al verles les hizo pasar para que lo siguieran.

Abrió una puerta cerrada con llave que daba acceso a la zona de los trabajadores forenses.

Había tres salas que compartían pasillo. Una frente a las otras. En lugar de puertas, colgaban de sus marcos unas enormes cortinas abatibles de plástico grueso.

Alma estaba en otra sala mucho más grande con las palabras «Aula Magna» escritas en un cartel.

Nada más entrar, la mesa de autopsias, idéntica a las que se agrupaban en las otras salas, rodeada de asientos a diferentes alturas, los saludaba.

—Hola, Alma —saludó Ginebra.

Alma levantó la mirada del cuerpo que se encontraba extendido sobre la mesa de autopsias, con una «Y» dibujada en el pecho.

Brandan se cubrió la boca con una mano, tragándose una arcada.

—Puedes salir si quieres —susurró Ginebra en su oído. Él negó con la cabeza.

—Estoy bien.

Alma se sentó en uno de los taburetes.

—Como ya os dije en su día, esta pobre mujer —miró hacia el cadáver, momentáneamente—, llevaba seis horas muerta cuando

su marido la encontró. No hay síntomas de daños internos o externos ni forcejeos ni resistencia por parte de la víctima. Eso me lleva a deducir que conocía a su atacante. Sí puedo decir que la persona que buscáis es un hombre.

—Eso ya lo suponíamos —agregó Ginebra—. Al parecer, pasó la noche en un hotel, por lo que creemos que tenía un amante.

—No sé si tendría un amante o no, pero esta mujer llevaba dos semanas, por lo menos, sin mantener relaciones sexuales.

Ginebra enarcó las cejas, sin entender muy bien por qué Luz Abades iría a un hotel, engañando a su marido, si no había mantenido relaciones con ningún otro hombre.

—Y ¿cómo sabes que fue un hombre?

—Porque fue asfixiada con una bolsa o tela plástica. Encontré residuos en su pelo. Más bien parece papel film normal y corriente. Pero se nota que impusieron mucha fuerza al hacerlo, aunque no hubiera sido necesario.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando la asfixiaron estaba drogada con fármacos antidepresivos. No hubiera tenido fuerzas, aunque quisiera, de imponerse a la voluntad del hombre.

—Y ¿qué hay de la nota? ¿Por qué «sucia»?

—No lo sé a ciencia cierta, pero he hecho mis propias conjeturas. Hay una cosa que me llamó mucho la atención. Fíjate en su cuerpo.

—¿Es necesario?

—Sí, completamente necesario.

Ginebra se acercó un poco más a la mesa y observó el cadáver. Limpio y blanco como la tiza.

—Es... perfecta —habló suavemente Ginebra.

—Parece perfecta. Pero mira cuando le doy la vuelta —dejó que Ginebra viera la espalda de la mujer—. Tiene cuatro lunares.

—Y ¿por eso «sucia»?

—Tal vez busque la perfección...

Brandan no había vuelto a abrir la boca hasta que llegaron a comisaría, donde Einar y Beltrán les esperaban.

—¿Qué tal les ha ido, jefa?

—No muy bien, inspector. No podemos hacer mucho con los datos que nos ha dado Alma. Al parecer, Luz Abades fue asfixiada con papel film de conservar alimentos mientras estaba drogada con antidepresivos. ¿Cuánta gente consume antidepresivos? No podemos encontrar ninguna vía de escape por ese camino. Y para nuestra sorpresa, en apariencia, solo en apariencia, la mujer era perfecta, a excepción de cuatro lunares que tenía en la espalda. Puede que nuestro asesino busque la perfección, cosa imposible, pero ¿para qué?

—«Sucia» —susurró Beltrán—. ¿A eso se referiría?

—Puede ser. Es una opción. Bueno, en realidad es la única respuesta que tenemos por ahora. Tal vez debamos centrarnos en buscar a algún hombre deformado a causa de un accidente... —resopló— y en último lugar, Luz Abades hacía dos semanas aproximadamente que no mantenía relaciones sexuales. Entonces, ¿qué pinta el hotel en toda esta historia? Hay que descartar un amante —se sentía frustrada.

—Tal vez en eso podamos echarle una mano nosotros, jefa. Nos hemos entrevistado con el director del hotel y ha identificado a Luz Abades. La habitación había sido reservada a su nombre. Le pedimos echar un vistazo a la supuesta habitación que había ocupado la señora Abades, y el simpático director nos dijo que lo que quisiéramos, pero que debíamos saber una cosa antes. Nuestra víctima no llegó a subir nunca a esa habitación ni a ninguna otra. Llamó a alguien desde su móvil y se fue. Nos enseñó la grabación de la cámara de seguridad del *hall* principal y es tal y como indica el director del hotel.

—Usted revisó las llamadas.

—En efecto. Y la última llamada que hizo Luz Abades fue a una cabina telefónica.

Einar se fue aflojando la corbata mientras estiraba el cuello, intentando coger aire.

—¿Se encuentra bien, subinspector?

—Aquí hace calor, ¿no? —Se fue a grandes zancadas al lavabo de caballeros.

—Menuda piedra acaban de ponernos en el camino con este pichón.

—Es su primer día y ya se encuentra involucrado con un caso de asesinato. Dele tiempo, jefa, no es mal chico.

Ginebra levantó las manos, firmando un tratado de paz sobre el aire.

Einar regresó con el pelo mojado, sin corbata, sin americana y con las mangas de la camisa dobladas hasta el codo.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, gracias.

—Bien, porque tenemos trabajo que hacer. Beltrán, quiero que pida todas las grabaciones de las cámaras del hotel. *Hall* principal, pasillos, salida, *parking*. Todo.

—Ya lo he hecho, jefa. Estarán a punto de llegar.

—Joder, Beltrán, si fuera todos los días así, podría borrar al comisario del mapa —todos rieron—. Bien, se ocupará de visionarlas cuando lleguen. Y como veo que han hecho muy buenas migas, el subinspector Einar le ayudará —se acarició el mentón, pensativa—. No, mejor no. Einar, váyase a casa. Tiene mala cara. No voy a abusar del poco recipiente estomacal que tiene en su primer día. Le necesitaremos más adelante.

—Pero... inspectora, estoy bien. Puedo hacerlo. Me quedo —sentenció Einar.

—No, subinspector. Usted se va a descansar —la voz de Ginebra sonó autoritaria. Fijó la mirada en Brandan, viendo marchar a Einar cabizbajo—. Brandan, tú vas a buscar accidentes trágicos que hayan tenido lugar en los últimos diez años. Si nuestro asesino está tan obsesionado con la perfección es porque él tiene una imperfección grave, de la que se siente acomplejado —afirmaron

con la cabeza—. Yo volveré a mirar las fotografías de la escena del crimen por si se nos hubiera pasado algo por alto.

